



# HORROR A LA HISTORIA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, noviembre de 1916.

«¿Y usted qué cree—le preguntaron a uno—que hay Dios o que no le hay?»  
 «¿Yo?—contestó.—¡Yo soy neutral!»  
 Con lo cual, es claro, sólo quiso demostrar que le dejaban en paz, que no quería tomarse la molestia de pensar en ese problema ni en otro alguno que merezca pensarse. O más bien que no quería pensar. Pues son legión aquellos en quienes la neutralidad no es más que una forma de la resistencia al pensamiento. Al pensamiento histórico, humano, profundamente humano, al pensamiento que trasciende del cuidado de buscarse el pan y la diversión—o sea el matatiempo—del día. Son gentes que quieren vivir por debajo de la historia. Y esa resistencia al pensamiento suele llegar a tomar formas de irritación.

Dícese que hay salvajes que no cuentan arriba de seis y que si se les quiere obligar a contar por encima de esa cifra sufren materialmente. Les da mareos; acaso jaquecas. Y si en un pueblo de esos salvajes cayera un civilizado que se empeñase en enseñarles la tabla de multiplicar, acabarían, si pudieran, por darle muerte, por ser un perturbador, y de la peor especie. Y si esos salvajes fuesen capaces de formular su sentimiento misólogo, dirían que no hay derecho a turbar la siesta de un pensamiento amodorrado.

Entre los que se revuelven contra los que hemos tomado una actitud espiritual definida en el ingente pleito histórico de la actual guerra europea, están, ante todo, y ello es naturalísimo, los que han tomado la actitud opuesta. Pero aun llegamos a entendernos unos y otros, y nuestra pelea es un modo de entendimiento mutuo. Los más encrespados y más terribles son los otros, los que no sólo no quieren tomar actitud y partido sino que no quieren pensar en ello. O acaso se enfurecen porque la guerra ha apartado la atención de los más y de los mejores de aquellas cosillas esenciales en que ellos tenían puesto su interés.

Cuando oigo decir a alguien que esto de la guerra es ya una lata, recelo al punto hallarme ante uno de esos salvajes que sufren si tienen que contar por encima de seis, ante uno de esos desgraciados para quienes la vida es un tejido de futilidades o de inmediatas necesidades materiales. Todo su interés mental o especulativo se cifrará acaso en enterarse de un crimen sensacional; será un lector de novelas de detectives; coleccionará tal vez cualquier cosa; jugará a la lotería. Lo más seguro es que vivirá absorto en cualquier lio sensual.

Ello es terrible, pero hay muchos a quienes el tener que vivir en la historia, siquiera como espectadores, les molesta y hasta les tortura. Todo lo que es espiritualmente esencial, todo lo que ocurre para quedar, para imprimir sello y rumbo a la civilización, les es hostil. Si leen es para matar el tiempo y nada más. Pero pretender obligarles a que se fijen en la historia, a que comprometan su espíritu en ella, es ofenderlos.

Empezaron algunos a interesarse en esta guerra como se interesaban en una corrida de toros, y algunos llegaron hasta a apostar que Verdun sería tomado a los dos o tres o cuatro meses de atacado, o cosas por el estilo; mas para estos tales el espectáculo va perdiendo en interés. Y en todo caso, no consenten que se pase del comentario del hecho bruto, del hecho que no es tal hecho, del mero suceso, de si aquí o allí pudieron más

estos o los otros. No soportan que sea quiera hacerles fijarse en lo esencial de la guerra. «¡Lo mismo son unos que otros!» o responden. O bien: «¡todo es mentira; no creo a nadie!» Es que su espíritu se encabrita antes de juzgar.

La misología, el odio al pensamiento en lo que éste tiene de esencial y de permanente, es la característica de esas pobres gentes que quieren vivir por debajo de la historia, que no quieren vivir sino vida cotidiana animal. Hasta sus sensaciones al parecer de orden mental, no son más que sensaciones animales. Pues la impresión que se busca en la lectura de una de esas novelas sensacionales de crímenes, v. gr., o en una película cinematográfica de igual índole no es distinta de la impresión que se busca comiendo un plato sabroso. Ni una ni otra son impresiones estéticas, y ni una ni otra comprometen el pensamiento. Aunque sepan leer y escribir, esos pobres misólogos son analfabetos.

«¿Por que no escribe usted siempre para todo el mundo?»—me preguntó una vez uno de esos misólogos devorador de folletines espeluznantes y a la vez de chorizos.—«¿Y quién es todo el mundo?»—le pregunté a mi vez. No supo contestarme a derechas, y entonces le repliqué: «Mire usted, señor mío, así como no se puede pintar para ciegos, ni hacer música para sordos, así tampoco no se puede escribir para analfabetos; aunque hay quien lo hace». Ahora, que el que escribe para analfabetos en el pecado lleva la penitencia.

Me he encontrado, desgraciadamente, con bastantes personas—¡personas!—que se irritan por lo que se habla y se escribe de las causas, de las razones y de los fines de la guerra. Todo eso, dicen es una lata. O si es ahí «macana». «¡No me hable usted de cosas tristes!» me decía un aficionado a chistes, coños, charadas y acertijos, para quien todo lo serio es triste.

El horror a la historia tiene raíces profundas. No quiero decir el horror a leer relatos de pasadas historias, o más bien el cuento, sino el horror a vivir en la historia, a pensar históricamente, a interesarse en las cosas humanas esenciales y permanentes. Y hay no pocos que han tomado ahora posición, una posición puramente negativa, por horror a la historia. Su secreto deseo inconsciente, desconocido para ellos mismos que lo abrigan, es que la guerra acabase con la historia europea. Y aquí, en España, estos desgraciados que tienen horror a la historia se han decidido, en su gran mayoría, por el partido que menos pensamiento les exija para decidirlo. Es decir, se han decidido por **obscuras** pasiones tradicionales, no por juicios, más o menos apasionados, pero lúcidos al fin.

La historia de España ha estado ligada con la de los otros pueblos, pero con la de los unos más y con la de los otros menos, y con la de algunos nada o casi nada. España tuvo que ver con los moros, pero nunca ha tenido que ver ni que hacer con los japoneses o con los suecos. Y así hay una tradición del moro, como la hay del judío, pero no la hay del japonés o del sueco. El moro y el judío son dos mitos para nuestro pueblo, que vive por debajo de la historia, pero de leyendas y de sentimientos de origen histórico, pero el japonés o el sueco no llegan ni a mitos, son dos valores inexistentes. El japonés o el sueco son en la vida íntima de nuestro pueblo algo de pura erudición.

Y así como el moro y el judío son dos mitos, pero mitos vivos, que despertan oscuros sentimientos y más oscuros pensamientos, son también dos mitos el francés y el inglés. Es de-

cir, que son algo. Algo bueno o malo, o bueno o malo a la vez, pero son algo. Francia y los franceses, Inglaterra y los ingleses quieren decir algo para nuestro pueblo porque la historia de esos dos pueblos ha estado íntimamente ligada con la del nuestro, porque en gran parte la suya y la nuestra ha sido una sola y misma historia. La batalla de Ballén, la de Trafalgar, fueron realidades históricas vividas en España. En cambio el alemán no es ni un mito para nuestro pueblo; es poco, muy poco más, que el japonés o el sueco. La historia de Alemania no ha estado nunca íntimamente unida a nuestra historia, ni aun en tiempo de Carlos de Austria, primero de España y quinto de Alemania. Cuando la historia alemana se ha unido a la española ha sido mediatemente, casi siempre por mediación de la historia francesa o de la italiana.

Decidirse, pues, contra Francia y contra Inglaterra ha sido para muchos decidirse contra la historia, resistir a la historia, no querer pensar para juzgar, atenerse al obscuro e inmediato sentimiento que provoca el mito. Esas pobres gentes creían que los desconocidos teutones, que esos hombres ignotos, casi teóricos y abstractos, venían a libertarnos de la

pesadilla de la historia, a protegernos la modorra. El enemigo era el conocido y nada más que por serio. Y así se ha visto entusiasmarse con los alemanes a casi todos nuestros analfabetos lectores de periódicos que no tenían ni tienen la menor noción de lo que Alemania, como valor espiritual histórico, sea y signifique.

Los alemanes en España no han tenido que luchar contra ningún mito, no han tenido que destruir ninguna leyenda. Por el contrario, han podido crearla. Leyenda que no arraigará en nuestro pueblo, en el que vive, por debajo de la historia, porque la nuestra, nuestra historia, no ha de atudarse íntimamente con la del pueblo alemán. Ni como enemigos ni como aliados tendremos nada que ver con ellos. Un alemán seguirá siendo aquí menos que un mito, una no entidad, no siendo para los eruditos.

Alemania no nos ponía, no nos pone todavía, espero que no nos pondrá problema alguno histórico a resolver; Francia e Inglaterra nos han puesto, nos ponen todavía y nos pondrán aún más no pocos problemas históricos a resolver. Y hay quien pasa por todo menos porque le obliguen a plantearse y a resolver problemas. La obscura y vaga irritación de no pocos espíritus en contra de Francia y de Inglaterra es que nos obligan a vivir despiertos, a pensar. ¿Quién si no Inglaterra y Francia nos han puesto delante el problema de Marruecos? Y los misólogos aborrecen la aprensión—ilustraria, supuesto—de que el triunfo de Alemania nos permitiría continuar en la siesta, en la modorra subhistórica, en el dejar pasar y dejar hacer.

«Si vencen Francia e Inglaterra—me decía uno—nos obligarán a civilizarnos más, a ponernos a su paso, a colaborar con ellas en la obra de la historia; si vence Alemania, o nos civilizará o nos dejará en paz». Este mismo hombre me decía que entre caer bajo el protectorado inglés o alemán prefería este último, porque los ingleses nos obligarían a que nos gobernásemos, y los alemanes nos gobernarían ellos. Y yo—añadía—prefero que me gobiernen a que me fueren a que me gobierne yo a mí mismo». Claro es que nadie piensa en serio, ni menos apetece tales protectorados, pero es una manera de decir.

Passará la guerra, se hará la paz y nos veremos obligados de nuevo a ponernos



Horror a la historia



al lado de los pueblos de cultura, a marchar con ellos y como uno de ellos, a convivir con ellos, a no quedarnos atrás, a vivir su historia. Y hay horror al esfuerzo que eso cuesta. Y hubo quien creyó cándidamente que la salud política nos venía como por infusión de Alemania, que no había sino copiar sus fórmulas y sus categorías. Alemania era el modelo que no había sino caicar. Todo se reducía a importar ciencia alemana, industria alemana, disciplina alemana, pedagogía alemana, es decir, a no hacer historia propia. Francia nos obligó, con su gran Revolución, a hacer nuestra historia. Le debemos, así, como suena, le debemos nuestra guerra de la independencia en que echamos, con la ayuda de Inglaterra, a las legiones de Napoleón de nuestro suelo, pero quedándonos con lo esencial y lo eterno del espíritu revolucionario francés y de esa guerra que hicimos con Francia—con Francia, más que contra Francia—brotaron nuestras guerras civiles del pasado siglo XIX. Esas guerras civiles las provocó el horror de nuestros trogloditas, de nuestros analfabetos, a la historia, su encubrimiento ante ella. Lo que llamaban, lo que llaman la tradición es el sepulcro de la historia. Porque la historia está matando de continuo la tradición para hacerla, para superarla. Para esas pobres gentes la tradición es una liturgia, es un rito. Y celebrar misa a diario no es hacer historia como no es hacer ciencia repetir a diario la tabla de multiplicar.

Nuestros tradicionalistas, rituales y litúrgicos están hablando siempre de la historia, pero le tienen horror. Para ellos es la historia un cuento, algo que pasó. Sufrió el Cristo hace veinte siglos pasión y muerte y hemos de conmemorarla ritualmente, litúrgicamente, año tras año, y siempre igual. Todo menos vivir esa pasión y muerte y superarla.

Hay ya aquí quienes empiezan a considerar con terror una posible derrota de Alemania, que nos ponga al lado de los vencedores para tener que vivir con ellos y tener que alternar con ellos y tener que plantearnos los problemas que ellos se planteen y nos planteen; empiezan a considerar con terror el que tengamos que despertarnos del todo. ¡Nos iba también metiditos en casa! ¡Ibamos tan a gusto en el machito, que nos llevaba donde Dios no quería!

¡Qué lata!—exclamará el troglodita.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.